

más que en la creación de Felipe II. Difícilmente se encontrará fondo tan adecuado para las lecturas y meditaciones de la Pasión. El templo del Monasterio, á pesar de lo glacial de su estilo arquitectónico, por sus dimensiones y por su misma desnudez ascética, se presta á solemnizar las ceremonias de los días santos: los Oficios nocturnos, la reconciliación, la bendición de los óleos, el expolio de los altares, el Lavatorio, las Tinieblas, la bendición de las Palmas, del Fuego nuevo y del Incienso, el Cirio pascual, la bendición del Agua bautismal, el Miserere — todos los ritos y las formas del culto que ya casi nadie sigue ni interpreta. — Las erguidas y vastas bóvedas, el majestuoso altar mayor, los claustros..., ¡qué decoración para una Semana Santa!

Y á las horas que no se consagran á prácticas religiosas, la misma solemnidad que en la iglesia, en la Naturaleza. Porque el acierto de Felipe II consistió en comentar tan admirablemente un paisaje por medio de un edificio. Allí, en la falda de la sierra de Guadarrama, con sus pálidos olivos y sus grisientas y azulinas rocas, y sus nieves en la altura, sólo el monasterio de San Lorenzo pudo elevarse. ¿Qué otra arquitectura cabría soñar?

Pendientes escarpadas; fragmentos de roca que se hacían como rebaño que guía el cayado de un coloso; vegetación raquítica ó extensiones enormes sin rastro de ella; y allá, sobre el azul horizonte de la montaña, el inmenso monumento, la famosa *octava maravilla*, que, de lejos sobre todo, infunde sentimiento de depresión y de melancolía incurable. La idea es de poeta, de poeta desesperado y á mal con la vida y con el mundo, deseoso de soledad, de apartamiento, y sobre todo de protesta contra la carne. Ese edificio, en ese paisaje, y destinado á ese objeto; esa pirámide real olvidada al pie de la blanca y áspera sierra, ¡qué poema, qué inspiración! Fuese resultado de la casualidad, fuese cosa pensada y resuelta, hay que decir sin vacilación alguna:

Onorate l' altissimo poeta...

* *

La idea del Escorial fué sin embargo en su origen una de esas minuciosidades de leguleyo en que acostumbraba entretenerse Felipe II. Le había destruido á San Lorenzo una iglesia y tenía que indemnizarle alzándole otra. El santo no se quejará, de seguro, de haber perdido en el cambio. Cierta que su nueva iglesia debió de parecerle algo demasiado extensa y monótona, y que el estilo de la construcción quizás le oprimió el alma que había salido tan altiva y triunfal de las tostadas carnes; pero al fin el homenaje era magnífico, y el mártir aragonés tuvo que agradecerse al rey castellano.

Siempre que visito el Escorial ó lo recuerdo, pienso cómo sería tal edificio en un país nublado. El tedio del Escorial es indiscutible; nadie negará que pesan como plomo sus moles de granito, los pies y los barrotes de su descomunal parrilla, sus cornisas, sus cúpulas, sus columnas, sus basamentos abrumadores; pero supongamos que sobre esta masa faraónica se tiende el celaje acuoso y turbio de Inglaterra; supongamos que la infiltra el gotear de las lluvias y la enardece el moho de la humedad, y entonces sí que cuesta trabajo comprender cómo se podría resistir la hipocondría en ella, y cómo no se moriría allí de pasión de ánimo la gente, á los tres días — confirmando el dicho de Teófilo Gautier.

¡Pero hay el sol! El sol con sus derroches de oro, con sus esplendores siempre nuevos. Y el sol acaricia y entibia las piedras, y cosquillea en sus moléculas yertas y peladas, y entra á torrentes en los claustros, descubriendo los frescos de Jordán y la chillona alegría de los ropajes de colorines y la ostentación opulenta de las piernas rosadas y las cabelleras rubias. Los claustros del Escorial no son tristes cuando los baña el sol. Y hay un patio, el de los Evangelistas, que tiene todo el carácter de paganismo grandioso y poético de los monumentos romano. El elegante templete central; los estanquitos de mármol y los chorros de agua que en ellos caen con dulce murmullo; los señoriales y bien recortados bojés, de uniforme verdor, como cabujones de clara esmeralda; las estatuas acarameladas por el tiempo, todo es puro Renacimiento italiano, con su arrogante hermosura, que hace irrupción entre la displicencia aburrida del monasterio español, y ofrece al espíritu un lugar risueño donde se puede leer á Platón ó al Tasso.

* *

Los dos panteones, el de Reyes y el de Infantes, son la negrura y la blancura de la muerte y de la nada. El de Reyes es, en opinión general, magnífico,

majestuoso y bien adecuado á su objeto; al de Infantes se le juzga con severidad; se le considera de mal gusto. No se le puede negar la suntuosidad, y algunos detalles bien ejecutados. — Al panteón de Reyes es de sentir que se le haya dado luz. La completa obscuridad, las tinieblas que apenas disipaba la vela ó el farol del guía y que aumentaban el efecto trágico de los negros mármoles, convenían mejor á ese núcleo y centro de la Pirámide real, á ese sombrío corazón de Felipe II helado y rígido en la sepultura.

Y mirando á las regias urnas, me conmovió la de Alfonso XII, cuyos restos ya han abandonado el pudridero y reposan en compañía de los de Carlos V, Felipe II y otros monarcas á cuyos huesos no deja en paz la historia. ¡Pobre rey Alfonso! — el único Alfonso del panteón. — ¡Tan alegre, tan humano, tan expansivo, tan ingenioso! Las veces que hablé con él me produjo el efecto de que, de cerebro á cerebro, aquel rey era más tratable, estaba más al nivel de la cultura, que la inmensa mayoría de sus vasallos preciados de cultos y de sabios y de europeos, como ahora se dice. Que allí había viveza, percepción, agilidad de entendimiento, es cosa indudable. Si ese entendimiento fresco y juvenil estaba destinado á madurar con los años, á dar fruto, ó á secarse y marchitarse, fenómeno que según D. Antonio Cánovas del Castillo suelen presentar los españoles listos al acercarse á los malditos treinta, sólo Dios lo sabrá. Es un enigma lo que guarda la urna de negro mármol del panteón del Escorial; un eterno enigma, para mí doblemente misterioso, porque las palabras del joven y malogrado rey vuelven ahora á mis oídos, y veo el chispear, la fulguración de sus ojos transparentes, color de venturina — ojos ya de enfermo — al decirme: «*Si vivo*, algo haré que deje memoria de mi nombre.»

* *

El salón de Batallas, en el Escorial, es otro tema nostálgico. ¡Qué de gloria sobre aquellas paredes, en aquellas secas y agrias pinturas; cuánto caballo, cuánto arnés, qué de ballestas, arcabuces y mosquetes; qué ordenado caminar de las haces españolas contra el enemigo, y cómo vienen á tierra los moros y los franceses y los salvajes y cuantos se oponen á nuestro arresto y bazarra y al esfuerzo de nuestro vigoroso brazo! Mezcla de involuntario orgullo y de dolor en la nunca cerrada herida se apoderó de mí al cruzar aquella especie de tubo, ancho pasillo sin muebles, en que dos vallas de hierro defienden las pinturas restauradas, de tan mediano interés para el arte como dignas de respeto á título de ejecutorias de la nobleza nacional...

Cuadros de muy otro valor encierran la sacristía y la sala capitular del Monasterio. Hay uno que es universalmente célebre, la *Santa Forma ó Comunión de Carlos II*, última obra maestra que produjo la expirante escuela española, antes de rendirse á la invasión del italianismo, á los burdos efectos de Jordán. Ese cuadro de la *Santa Forma* no es tan sólo un prodigio de técnica y una perfección como grupo de retratos. Es algo más. Es el alma de la España de entonces, vuelta de espaldas á lo humano y absorba en el misticismo; á la vez degenerada y llena de virtualidad psíquica; aterrada, miedosa, ligada por un conjuro, pero capaz de energías que hoy le faltan ya por completo. La figura del rey y la del sacerdote que tiende la hostia no pueden expresar más de lo que expresan. Hermosa despedida la de la escuela pictórica española con el cuadro de Coello.

Yo tengo en el Escorial otro cuadro predilecto, en el cual los críticos de arte ven que reprender y tachar, pero que le dice á mi alma cosas mejores que la misma *Cena de Tintoretto* y que *La túnica de Josef*, brutal y sincero trozo de Velázquez. Este cuadro *sugestivo* es, ¡naturalmente!, del Greco. Representa el martirio de San Mauricio y su legión. Los azules, los amarillos, los verdosos del Greco dominan en el colorido general, y los grises, en las cabezas ideales del santo y de los amigos y veteranos que le rodean. Una serpiente, erguida en un ángulo del lienzo, lleva en la boca un cartel blanco donde se lee: *Domenico Theotocopuli*.

Y en lo alto, sobre la escena de matanza, ángeles soñados, incorpóreos, más puros que los ángeles de Moemling, flotan en el cielo irisado de extraños reflejos, cuya luz da tono al viril, al divino semblante de San Mauricio, en el cual, en letras más claras que las del cartel, puede leerse el desprecio de la muerte, el ansia del sacrificio, la convicción del heroísmo — algo sobrehumano, pero algo histórico también... La mejor página de una vida.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Toledo y Sevilla se disputan á los viajeros de Semana Santa y Pascua. Sevilla se lleva la palma en atraer á la gente elegante y rica. (Sería más fácil definir en qué consiste la riqueza, pues eso de la elegancia siempre cabe discutirlo y hasta negarlo, y no se palpa como los sacos de talegas, ni se reduce á cifras como el importe de las acciones del Banco y sus dividendos.) En suma, los que bullen acuden á Sevilla con preferencia, y los aficionados al arte optan por Toledo, donde no abundan las diversiones, pero existe un tesoro de arquitectura y de recuerdos.

Sevilla es una prolongación, por mejor decir, una exaltación de la vida social madrileña. En Sevilla se busca — antes que el pomposo espectáculo de las procesiones y el color local de las *juergas* y *gitanerías* — el punto de cita de la gente conocida, el torbellino acostumbrado y fatal. Los precios de hospedajes, coches y hasta del calzado son muy altos en Sevilla; no es decir que en Toledo sean baratos; mas como allí no existen fiestas, exceptuando las funciones de iglesia, queda reducido el derroche á lo que puede significar la cuenta del hotel.

* *

Recuerdo una Semana Santa en Sevilla, hace bastantes años, que me causó la impresión más profana del mundo. Alegría y alborozo al paso de las procesiones, de los *Señores, Pasos, Dolorosas*, encapuchados y nazarenos; una zambra africana, con gritos de feroz entusiasmo y tiros al aire, al recogerse la *Macarena* á su iglesia; bailes en todas las tiendas de la feria, mucha rondeña, mucha seguidilla, muchas sevillanas y mucho jaleo; olor de azahar, flotando en la atmósfera á competencia con el del aceite frito de las buñoleras; y en las carreras de caballos, el príncipe de Gales — entonces ni viejo ni obeso — apurando copa tras copa de Jerez, con la unción que los ingleses demuestran al acercar á sus labios el vino aromoso y dorado del Mediodía. — Porque la Semana Santa de Sevilla tiene el privilegio de atraer á las altezas de extranjería, y el Jerez es el alma líquida de España, que se insinúa en las venas. Sólo dos cosas me parecieran tristes en Sevilla: las saetas y los jardines del Alcázar. Era una tristeza delicada, bonita, necesaria para el espíritu después de asistir á las zarzatas de Silverio y oír el continuo castañeteo de los palillos en el real. — Desde entonces Sevilla cada día está más de moda. Es la romería aristocrática.

* *

Muy solitario en cambio el único sitio hecho de molde para cultivar el recogimiento y la devoción que la Semana Santa inspira. Hablo del Escorial.

Si la Semana Santa fuese todavía tiempo de mortificaciones y de plegarias (cada año pierde más este carácter), en ninguna parte debíamos refugiarnos